



II Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población

Guadalajara, México, 3 – 5 de Septiembre de 2006

**La demografía latinoamericana del siglo XXI
Desafíos, oportunidades y prioridades**

Maternidad en la adolescencia: discursos y prácticas de mujeres y varones de sectores sociales medios y bajos de ciudad de Montevideo, Uruguay

Carmen Varela Petito

Facultad de Ciencias Sociales - Universidad de la República
cvarela@fcs.edu.uy

Maternidad en la adolescencia: discursos y prácticas de mujeres y varones de sectores sociales medios y bajos de ciudad de Montevideo, Uruguay¹

Carmen Varela Petit²

1. Introducción

En Uruguay, la dimensión que alcanza la reproducción en edades adolescentes ha suscitado preocupación, tanto en el Estado como en distintos ámbitos de la sociedad. En tanto el alza de la fecundidad en la adolescencia se registra mayoritariamente entre las mujeres que tienen condiciones de vida carentes, ésta ha sido visualizada como una “amenaza” desde el punto de vista social, en la medida que se comprende básicamente como expresión de los sectores más carenciados de la población y, por ende, como responsable de parte de la reproducción de la pobreza y el deterioro social.

Esta situación ha dado lugar a la implementación de políticas en salud sexual y reproductiva orientadas mayoritariamente a los sectores sociales más empobrecidos de la población, en lugar de hacerlo hacia el conjunto de mujeres y varones adolescentes.

Se ha desestimado que las dificultades a las que se enfrentan los adolescentes respecto a su salud sexual y reproductiva, entre ellas el embarazo no deseado, el aborto realizado en condiciones inadecuadas y las enfermedades de transmisión sexual, están presentes en todos los sectores sociales.

Tampoco se han tenido en cuenta las configuraciones sociales, culturales y simbólicas que poseen mujeres y varones en torno a la maternidad y que intervienen en la toma de decisiones respecto del comportamiento sexual y reproductivo de los mismos.

El comienzo de la etapa reproductiva, más allá de los factores biológicos que determinan su inicio, se vincula también con la condición social y cultural de los individuos y, a su vez, de respectivos componentes subjetivos. Estos factores intervienen en las condiciones de oportunidad para el momento de iniciar el ciclo reproductivo. La toma de decisiones sexuales y reproductivas de los adolescentes se inscribe en un complejo entramado que articula, entre otros, la pertenencia de clase, género, religión y las condiciones de socialización y subjetivación. Por otra parte los estudios recientes en torno a la construcción de la identidad femenina continúan revelando como, para la gran mayoría de las mujeres, la maternidad es el eje fundamental de su identidad como mujer.

La búsqueda de explicaciones que den cuenta sobre el comportamiento reproductivo en la adolescencia es una inquietud que se ha manifestado tanto desde la academia como del Estado y la sociedad civil. Se ha hecho evidente la necesidad de profundizar en el conocimiento del mismo, a través de estudios que aborden las dimensiones simbólicas, sociales y culturales de la maternidad, para conocer y comprender los diversos factores que promueven el inicio de la

¹Trabajo presentado en el II Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población, realizado en Guadalajara, México, del 3 al 5 de septiembre de 2006.

Esta ponencia supone una ampliación, reelaboración y readecuación de algunos de los análisis y resultados de la investigación que realicé conjuntamente con los psicólogos David Amorío y Elina Carril, con el título “Significados de Maternidad y Paternidad en la Adolescencia”. Dicha investigación correspondió a la fase cualitativa relacionada con la adolescencia dentro de un proyecto más amplio denominado “Reproducción biológica y social de la población uruguaya: una aproximación desde la perspectiva de género y generaciones”, que fue financiada por el Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA) y el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) y que fue ejecutado por varios equipos de trabajo bajo la responsabilidad institucional de la Intendencia Municipal de Montevideo, el Ministerio de Salud Pública, la ONG Mujer y Salud en el Uruguay, la Universidad de la República y el Instituto Nacional de Estadística.

² Programa de Población - Facultad de Ciencias Sociales – Universidad de la República Uruguay. cvarela@fcs.edu.uy

trayectoria reproductiva en esta etapa del ciclo de vida. En ese sentido, ha pasado a ser considerado fundamental un abordaje desde una visión no adultocéntrica, que tome en cuenta a las adolescentes desde sus diversas realidades y necesidades específicas

Este trabajo analiza las diversas circunstancias y procesos que intervienen en el embarazo y la maternidad en la adolescencia. A través de los discursos y prácticas de mujeres y varones adolescentes, de estratos sociales medios y bajos de la ciudad de Montevideo, se abordan los diversos significados y representaciones subjetivas que ellos tienen sobre la maternidad y las maneras en que éstos operan en la construcción de sus proyectos de vida. Se busca comprender - a través de los propios protagonistas- el comportamiento reproductivo del conjunto de la población adolescente.

La estrategia metodológica del estudio es de corte cualitativo y utiliza como fuente de información, la entrevista en profundidad semiestructurada. Se realizaron 31 entrevistas, 17 mujeres y 14 varones entre 15 y 20 años de edad.

2. El escenario de la fecundidad:, antecedentes y emergentes

El Uruguay presenta una fecundidad considerada baja en el contexto internacional. Desde fines del siglo XIX, las mujeres fueron adoptando pautas de comportamiento reproductivo que determinaron una evolución de la fecundidad semejante a la de los países industrializados. En relación al contexto de países de América Latina, Uruguay y Argentina son quienes inician más tempranamente la Transición Demográfica (finales del siglo XIX y principios del XX). Actualmente, ambos países se encuentran en una fase avanzada o acabada de la misma, vale decir con natalidad y mortalidad bajas. (BID/CEPAL/CELADE, 1996).

El descenso de la fecundidad inicios del siglo XX y que alcanza ya una tasa baja hacia 1960 (2,8 hijos por mujer)³, continúa con un lento y paulatino descenso, alcanzando en el año 2004 una Tasa Global de Fecundidad (TGF) de 2,04 hijos por mujer (INE, 2006). Es relevante destacar que esta cifra se encuentra al límite de los valores mínimos necesarios para el reemplazo de la población.

Este declive de la fecundidad global contrasta con el incremento del nivel en la adolescencia (10 a 19 años) a partir de la década del 60. La fecundidad de las mujeres adolescentes se incrementa de forma sostenida, alcanzando dimensiones que desdibujan, en parte, las diferencias existentes con relación al resto de los países de América Latina. Entre 1963 y 1996, la tasa específica de fecundidad para estas edades en el Uruguay pasa de 54 a 74 por mil. Posteriormente presenta una tendencia descendente (66 por mil en el 2004); sin embargo, aún hoy mantiene un nivel por encima del registrado en 1963, y no es clara (dada las oscilaciones que muestra la tasa), la continuidad de este descenso.

El aumento de la fecundidad adolescente ocurre simultáneamente con un descenso pronunciado y sostenido de la fecundidad en las edades cúspides de la reproducción (20 a 29 años), ya que desde 1963 hasta la actualidad su tasa específica desciende de 154 a 108 por mil, en tanto que se da un leve ascenso de la fecundidad de las mujeres adultas (30 a 39 años), de 94 a 100 por mil, situación que indica un leve atraso en el calendario de la reproducción. Las transformaciones de la fecundidad en las diferentes etapas del ciclo de vida muestran un escenario que hace pensar en modificaciones relevantes respecto a las pautas de comportamiento sexual y reproductivo de las mujeres. (Varela, 2004)

La dinámica demográfica descrita se sucede en un contexto nacional de creciente segmentación social y adquiere distintas dimensiones según el estrato social al que pertenecen las mujeres. En este marco, los sectores medios y medios altos del Uruguay presentan niveles de fecundidad por

³ Censo de Población y Viviendas, 1963. DGEyC, actual INE.

debajo del reemplazo de la población, mientras que los más carenciados tienen niveles por encima de la media del país.

Esta situación se asienta en el proceso de empobrecimiento y desigualdad social que se observa en el país especialmente desde la dictadura militar (1973-1984) y que con altibajos alcanza su punto más alto en el año 2003 alcanzando en el 2003 al 41% de la población urbana. Esta pobreza, por otra parte, ha afectado de manera diferencial a la población según la estructura de edades. La incidencia de la pobreza es mayor en los niños y los jóvenes, generándose una brecha importante en la década de los años 90 entre los adultos mayores y los menores de 18 años: en el año 2004 algo más de la mitad (54%) de la población urbana de menores de 12 años y el 45% de adolescentes entre 13 y 18 años se encontraba en situación de pobreza. (PNUD, 2005)

3. Construcción socio-histórica de la adolescencia

La adolescencia, como etapa de transición entre la infancia y la edad adulta, es una noción relativamente “joven” desde el punto de vista histórico. Actualmente esta etapa adquiere especificidades psicosociales, que la demarcan claramente de las otras etapas del ciclo de vida

Los orígenes de una etapa de transición entre la niñez y la adultez son una construcción social que se asienta, entre otros, en los cambios en los modos de producción que, desde la salida de la Edad Media, llevaron a arraigar las categorías de infancia y niñez y, posteriormente, la de adolescencia. La construcción de esta noción estuvo a su vez pautada por la diferencia entre los sexos y por la pertenencia de clase, ya que fueron los varones de la burguesía y la aristocracia quienes primero fueron considerados dentro de esta nueva categoría del desarrollo. (Amorín, Carril, Varela, 2006)

La consolidación de la etapa adolescente como una etapa de transición hacia la madurez se inscribe fundamentalmente en los intereses y necesidades de determinados grupos sociales (clase media y alta urbana de los países de Europa occidental desde mediados del siglo XIX) por extender el tiempo de educación de los niños más allá de la formación básica primaria, de forma de adquirir una mayor especialización para el ejercicio de los roles culturalmente esperados para la etapa adulta.

La condición de adolescente, sin embargo, no es un período que necesariamente transitan el conjunto de las niñas y niños sino que, por el contrario, aquellos pertenecientes a sectores sociales menos privilegiados están prácticamente excluidos de esta etapa, ingresando más rápidamente al mundo adulto; las condiciones de vida a las que están sujetos ciertos sectores de la sociedad, éstos difícilmente pueden disponer de un período de formación más extenso. La necesidad de autosustento, de asumir responsabilidades de cuidado de sí mismos, de los hermanos o, en algunos casos, de los hijos, imposibilita un tránsito prolongado entre la niñez y la adultez. Desde la infancia los niños pertenecientes a los llamados sectores populares se ven sometidos a perversos procesos de expulsión social. (Duschatzky S. y Corea C., 2002). La sociedad sólo legitima y sostiene un tramo cronológico de espera -para el ingreso a los cánones culturales hegemónicos adultos- a los sectores socioeconómicos medio y alto.

Los límites etarios de la adolescencia son diversos de acuerdo a distintas concepciones teóricas. En este trabajo se plantea una manera de concebirla que no deja de ser esquemática, pero que es imprescindible para el proceso analítico. A tales efectos se utiliza el criterio operacional que definió la Organización Mundial de la Salud (1990) estableciendo para la adolescencia el período que va desde los 10 a los 19 años de edad.

4. Género y maternidad

El género permite analizar las relaciones y la circulación de poder entre mujeres y varones. Pone de relieve, asimismo, las variaciones históricas y culturales sobre las categorías femenino y masculino, haciendo visible que aquello significado como “natural” o “esencial” de cada género, es en realidad producto de la cultura (Carril, 2000). Las relaciones de género delimitan territorios sociales y culturales que como sostienen Geldstein y Pantelides (2001: 5), “*asignan espacios, responsabilidades, actividades y recursos diferenciales para hombres y mujeres.*”

Con Amorín y Carril, hemos llamado “género”, “al conjunto de respuestas dimórficas y puestas en discurso que la cultura ha propuesto para explicar las diferencias bioanatómicas entre hombres y mujeres. Respuestas que están determinadas por las significaciones de lo masculino y lo femenino, que comprenden en todas las sociedades prescripciones y prohibiciones acerca de lo esperado para cada uno de los sexos. Estas significaciones - ahora devenidas representaciones - forman parte de nuestra subjetividad y se hacen intrapsíquicas a través del otro/a desde que el ser humano llega al mundo”. (Amorío, Carril, Varela, op.cit: 145).

Desde los momentos más tempranos de la vida humana la cultura “entra” y modela al psiquismo, a través de la comunicación no verbal y verbal, informando a los niños y niñas sobre su género o sobre el género de las personas que constituyen su universo, creándose de esta forma el continente que permite la resonancia emocional hacia las categorías culturales de lo que es hombre y mujer. (Amorío, Carril, Varela, ibid.).

La identidad de género (Stoller, 1975) es el sentimiento de saberse perteneciente al conjunto “hombre” o “mujer” que se constituye desde que los niños y niñas nacen en la intersubjetividad y en la interacción. Es en el intercambio con los otros significativos para el bebe, que se van transmitiendo los formatos de género que a través de procesos identificatorios complejos, la niña y el niño van haciendo suyos. Para algunos autores, la identidad de género, una vez establecida, funciona como un “lenguaje nativo” que puede o no utilizarse, pero que sólo por medio de un accidente cerebral puede perderse. (J. Money, 1982; E. Dío Bleichmar, 1997)

“El género como categoría de análisis debe articularse con otras categorías no menos determinantes: el momento evolutivo, el estrato socioeconómico, la raza, etnia, y orientación sexual, ámbitos que prefiguran inequidades y asimetrías que entran en interacción compleja, a veces generando fuerzas sinérgicas, otras veces conflictivas”. (Amorío, Carril, Varela, op.cit: 146).

Por su parte, “las significaciones que configuran el imaginario social acerca de la maternidad no son el resultado directo de la maternidad biológica pero, como señala Tubert (1996), son el producto de una operación simbólica que le da significado a la dimensión materna de la feminidad y, por ello, son portadoras de sentido.

A partir de la capacidad reproductiva de las mujeres, casi todas las culturas han identificado a la mujer con la feminidad y la maternidad. La reproducción de la especie no se agota en los procesos fisiológicos que efectivamente tienen lugar en el cuerpo de la mujer, sino que es un fenómeno más complejo que incluye otras dimensiones, además de la biológica. Esta dimensión biológica de la maternidad es la que ha permitido el control social de la fecundidad y la sexualidad de las mujeres y se ha utilizado para mantener y reproducir -a través de estrategias y prácticas discursivas (Tubert, 1996)- su posición subordinada en la sociedad. Estas normas y mandatos han ido construyendo con la fuerza de un código legal la figura de la mujer en torno a la de la madre. Como sostienen Checa y Rosenberg “La lógica del funcionamiento del aparato

reproductivo invade el campo de las relaciones sociales entre los géneros cuando estas relaciones instituyen la maternidad como equivalente 'natural' y único de la vida de las mujeres, desconociendo los aspectos políticos, económicos y culturales que gobiernan esta institución" (1996: 8). Así, el ocultamiento de la mujer como sujeto por una de sus funciones posibles -la maternidad- es el fundamento de la ecuación mujer = madre, produciéndose un deslizamiento de sentido de una gran eficacia simbólica (Fernández, 1993).

A partir del siglo XVIII -y ya desde casi dos siglos atrás- se produjeron en Occidente una serie de cambios sociales trascendentes, entre ellos los cambios en los modos de producción, la noción de Estado, el surgimiento del concepto de nación, la redefinición y jerarquización de sus instituciones, el paulatino decaecimiento del poder secular y la transformación de las familias. Una de las consecuencias de estos cambios fue la redefinición de los espacios sociales - público y privado- delimitando y adjudicando saberes, funciones y formas de legislar diferenciadas que, como destaca Fernández (1993), produjeron nuevas significaciones que transformaron profundamente las mentalidades y produjeron nuevas formas de subjetividad. El espacio público será el ámbito del saber racional a cargo de especialistas, y el privado -que Fernández denomina sentimentalizado- será donde las mujeres organizarán sus saberes de una forma empírica, ligada a la experiencia. Es a su vez el ámbito donde las tareas se sostienen no por una retribución material sino por el amor, que sacraliza así las prácticas, especialmente las de maternidad.

El pensamiento occidental ha ubicado a la mujer del lado de la naturaleza y al hombre del lado de la cultura, justamente por la aptitud biológica para la procreación. Este anclaje en la naturaleza ha producido un imaginario social en el que las mujeres "por naturaleza" desearán ser madres, con un gran poder reductor (todos los deseos de las mujeres- de la índole que sean- son sustituidos por el deseo de hijo) y homogeneizante (todas las mujeres tendrían una misma identidad creada por la maternidad). (Tubert, 1996).

Los cambios sociales y culturales que han tenido lugar desde mediados del siglo XX tienen como protagonistas fundamentales a las mujeres, quienes han venido ganando espacio en el ámbito público a partir de su ingreso al mundo del trabajo y el acceso masivo a la educación. Esta afirmación, ya clásica, no supone desconocer que este destino que parecía luminoso y promisorio no ha sido igual para todas las mujeres, y que las diferencias de clase, etnia, generación, orientación sexual y religión, determinan que los cambios, si bien revolucionarios, no han tenido un alcance universal y todavía son millones las mujeres en el mundo que carecen de las mínimas condiciones que les garanticen una existencia digna para considerarse a sí mismas ciudadanas autónomas y sujetas de derecho. No obstante la realidad de la desigualdad de género y la injusticia social, las mujeres han podido ganar espacios de autonomía y han hecho suyos algunos de los ideales que la cultura ha propuesto históricamente para los varones. Sin embargo, y a pesar de que la maternidad ya no es el único ideal que la cultura le propone al yo de las mujeres, las representaciones que llamamos tradicionales y hegemónicas coexisten, a veces de manera contrapuesta, con otras alternativas, no solo en el cuerpo social sino dentro de la propia subjetividad". (Amorín, Carril, Varela, op.cit: 148-151).

5. Embarazo y maternidad adolescente: discursos y prácticas

La construcción social de la maternidad se comprende a partir de una doble dimensión social. La misma es una continua interrelación entre un nivel macro y uno micro social, donde los discursos, las percepciones, las valoraciones y las prácticas adquieren significado a través de la mediación entre ambas dimensiones. Pantelides señala al respecto: "Los factores sociales que influyen en el embarazo y la fecundidad adolescente pueden ser concebidos como una serie de círculos concéntricos o niveles de análisis que van desde lo más alejado (el nivel macro social) a

lo más próximo a la conducta misma, el nivel de los conocimientos, actitudes y percepciones individuales”. (2004: 169).

El significado de la maternidad para los adolescentes está en estrecha relación con las imágenes de género propuestas por la cultura y por el contexto social al que pertenecen, a su vez se entrelaza con las particularidades que le imprime la propia adolescencia. Es a través de los discursos y las prácticas que se puede identificar lo que perciben mujeres y varones acerca de lo que es ser madre, de qué manera se imaginarían el rol y cuál es la valoración que tienen sobre la maternidad.

Ser madre: ilusión “natural” de las mujeres. La palabra maternidad funciona como matriz del ser mujer y se instala como matriz ideológica (Giberti, 1992). Es el peso del cuerpo femenino, la capacidad gestante de las mujeres la que, como matriz ideológica, gravita sobre la relación con el hijo. Esta idea se reitera e insiste en el discurso de los adolescentes. Para ellos, la gestación y el embarazo son el fundamento que da sentido al vínculo madre e hijo y da cuenta de porqué las mujeres tienen una mayor proximidad afectiva con sus hijos.

Es en ese terreno donde se juegan las representaciones culturales acerca de la maternidad como casi resorte exclusivo de las madres y la justificación de la ausencia de los padres en las prácticas de crianza. Entonces, más allá de la realidad del dato que da la fisiología femenina, los varones quedan muchas veces afuera de esa relación, y no sólo porque la masculinidad tradicional no incluye como referente "fuerte" el ser padres, sino porque habría algo que los excluye, que es el embarazo, el parto y la lactancia,

“Pero no es lo mismo, yo le decía lo viví todo, ellos no saben lo que es una patada del bebé, no lo saben. ... eso de llevarlo en el cuerpo. Si, para mi es muy importante, es como que es parte de vos...” (Valeria, medio, con hijo)

“Porque una mujer tiene como esa ilusión de estar embarazada, de tenerlo nueve meses en la panza, de que nazca, de darle de mamar y todas esas cosas” (Fany, medio, sin hijo)

Y porque... como la madre es la que lo tuvo adentro como que ya lo... lo quiere así, el padre no, no le importa dejarlo. Si lo tuviera él adentro capaz que ahí sí, se queda, no lo deja. (Milton, medio, sin hijo)

“(...)es algo hermoso para... pienso yo que para la madre debe de ser algo hermoso así, tener un hijo, estar con él, es como un muñeco ahí, es algo hermoso, yo qué sé, le cambia por el tema que no sale, no jode ¿viste? todo eso, los 9 meses de embarazo, ahí, estar con la panza...” (Gerardo, bajo, sin hijo)

“Yo creo que no... o quizá sí... pero todas tarde o temprano terminamos siendo mamá o papá, y eso te nace... cuando tenés un hijo te nace esa maternidad, esa paternidad... Llega un momento que a uno le nace, a la mujer por lo menos, pero no, yo hoy en día no tendría un hijo, pero es divino, no sé como explicarte... te nace ese instinto con los niños, la crianza, no sé ...” (Micaela, bajo, sin hijo)

Los discursos de mujeres y varones de ambos estratos sociales ponen de manifiesto que todas las mujeres por su sola condición de tal, anhelan tener un hijo y que este deseo es parte de su naturaleza. Tener un hijo puede posponerse para una etapa posterior en el ciclo de vida, pero ante el hecho del embarazo, surge el sentimiento de la maternidad de manera automática, refleja, como si siempre hubiera estado ahí, con la fuerza del “instinto”.

Badinter (1980) se pregunta si es posible hablar de instinto, cuando la historia muestra que durante varios siglos, muchas mujeres abandonaban a sus hijos, rehusaban darles de mamar o los exponían a riesgos que ponían en peligro sus vidas. Ha sido entonces el imaginario social que ha construido la representación de la maternidad como un “instinto”, es decir como un patrón de conductas y sentimientos universal, ahistórico, atemporal, que se repite siempre igual a sí mismo más allá de la singularidad de las mujeres. Será “natural” entonces que todas las mujeres quieran tener hijos, los amen y los protejan. Esta representación se incorpora a la subjetividad y reaparece luego bajo la forma del “deseo” cuyo anclaje está en el cuerpo. Las opiniones de los entrevistados ponen de manifiesto hasta que punto el mítico instinto, se significa como un real que no admite cuestionamientos.

6. Embarazo en la adolescencia: ¿Propósito o imprevisto?

La interrelación permanente de las dimensiones sociales y subjetivas permite comprender las percepciones, valoraciones, actitudes y prácticas de los adolescentes en torno a su sexualidad y su reproducción. Por lo tanto las modalidades que adquieren los vínculos sexuales y la presencia o ausencia de autocuidado en los adolescentes, pueden analizarse teniendo en cuenta las características de los jóvenes⁴ y a través de las imágenes de género y los estereotipos de roles que estas imágenes asignan a uno y otro sexo.

Acordamos con Stern (2004) que la vulnerabilidad social a los embarazos tempranos está relacionada con la pobreza, pero que ésta no es una relación directa, sino más compleja. Las razones que confluyen para que éstos ocurran, así como la ruta de decisión que toman los y las adolescentes, merecen una lectura no reduccionista y que tome en cuenta varios factores: el contexto social, económico y cultural, las relaciones entre los géneros basadas en el desequilibrio de poder, el nivel educativo, sus historias de vida, la existencia o ausencia de un sostén familiar que brinde el marco seguro para un adecuado desarrollo intelectual y afectivo, entre otros.

Hay una extensa literatura que informa sobre las causas que están por detrás de la ocurrencia del embarazo temprano, la mayoría de ellas referidas a la mayor vulnerabilidad social en algunos sectores sociales, sobre todo en sectores marcados por la pobreza, la exclusión y/o la marginalidad.

Sin embargo, no son solamente las adolescentes pobres las que se embarazan y luego tienen hijos. A pesar de que la ocurrencia del embarazo en adolescentes de estrato medio es estadísticamente inferior, surge la pregunta acerca de que fenómenos se ponen en juego en una joven o un joven, con un capital social, cultural y psicológico habilitante –al menos en teoría – para desarrollar una vida acorde a su momento evolutivo, para decidir ser madre o padre, cuando muchas de ellos todavía se sienten “hijos”.

Del análisis de las entrevistas a las adolescentes madres o embarazadas y a los varones padres, tanto en estratos bajos como medio, surge que en su mayoría el embarazo que ocurre en la adolescencia es por lo general imprevisto (inoportuno) y como consecuencia de “accidentes”

⁴ Nos referimos a las “características” de los adolescentes, poniendo bajo caución tal denominación ya que, como lo hemos señalado, no es posible hablar de los adolescentes como si se tratara de un colectivo homogéneo, aun cuando tengan rasgos que los asemejan. No hay un arquetipo adolescente (Le Breton, 2003) sino jóvenes que están determinados por su clase social, la historia de sus orígenes y aquella de sus padres, su género y la urdimbre relacional en la que desarrollan sus vidas.

(rotura del preservativo) y/o errores en el uso del preservativo u otro método anticonceptivo en tanto otros directamente no los usan. Es una circunstancia que se puede asociar a una postura pasiva: el embarazo es algo “que pasa”. Muchas de las adolescentes madres (y también aquellas que no lo son, pero que estuvieron embarazadas o creyeron estarlo por desarreglos menstruales, lo que de alguna manera las confrontó con la posibilidad de tener un hijo) manifestaron que el embarazo “llegó”, y no fue planificado. La gran mayoría de las jóvenes aceptaron el embarazo como un hecho consumado, inevitable.

“No me cuidé, yo no quería tener hijos, pero bueno, llegó y...no quería ni en el primero ni en éste, quedé embarazada y no dije "ah, me lo voy a sacar", no.” (Susana, bajo con hijo)

“y...cuando quedé embarazada, por un lado decía - porque nosotros tuvimos un accidente con el preservativo- entonces ahí por un lado decía, ¡ah bueno sí!, cuando vi que no me venía, dije” bueno, ay que bueno” decía por un lado, y por el otro “ay no! que cagada! se me corta toda la vida...y por el otro lado yo creo que todas las mujeres lo tenemos, decir ¡ ay si que bueno!” (Valeria, medio con hijo)

Los varones también aceptaron el embarazo de sus compañeras como algo que “sucedió” sin que mediara –aparentemente- el deseo de un hijo y la paternidad, se les presentó entonces como un hecho inevitable.

“Pintó, estábamos en pareja y bueno pintó ahí, vino...” (Pedro, bajo con hijo)

“Si, nos cuidábamos con el método de los días, estuvimos como un año así, tá, hasta que el método falló, como tiene que pasar”. (Sebastián, medio con hijo)

El embarazo aparece en estos adolescentes, sin distinción en sus discursos entre mujeres y varones y entre estratos bajos y medios, como un evento inevitable: el embarazo es algo que “sucedió” y luego, no quedó otra posibilidad que asumirlo, aunque éste no fuera la consecuencia de una decisión expresa de tener un hijo. Sin embargo, la mayoría manifestaron conocer los métodos anticonceptivos y su uso y se repitieron en estos casos las mismas explicaciones: accidentes vinculados a rotura del preservativo o falla en algún otro método, olvidos o dificultades para negociar e imponer el uso del preservativo.

Los adolescentes conocen la existencia de algunos métodos anticonceptivos y perciben la vinculación del embarazo con prácticas sexuales desprotegidas. Los métodos más utilizados son el uso del preservativo (al que le reconocen la doble protección: para prevenir embarazos e infecciones de transmisión sexual), el método del ritmo y los anticonceptivos orales, aunque su uso es discontinuo y a veces incorrecto. La información la han obtenido en muchos casos de sus propias madres, hermanas o amigas y en algunos casos la han obtenido del sistema educativo. De todas maneras, esta información no es suficiente para evitar el embarazo no deseado y da cuenta de un proceso frágil de apropiación y ejercicio de sus derechos sexuales y reproductivos.

“No, no, fue así, fue una vez sola que ta, que no me cuidé justo en ese momento y tá fue, es...” (Daniela, bajo embarazada)

“No, y yo estaba tomando las pastillas, pero...Las tomé dos meses y me cortaba la menstruación, y yo pensé que eran las pastillas que no me dejaba menstruar, y entonces tá, no me cuidaba con nada, entonces digo tá, debe ser las pastillas que me están haciendo efecto”. (Susana, bajo un hijo)

“Si, hay un montón de maneras pero o sea la que yo uso es esa, se pueden usar pastillas también que la toma la mujer o sea hay un montón de cosas para prevenir el embarazo un montón de recursos “(Danilo, medio, sin hijos)

Las posibilidades de información y apropiación de la misma por parte de los adolescentes, no son los únicos determinantes de las conductas reproductivas (Pantelides, 1995) y si bien esta situación incide en las posibilidades de embarazo -que pueden concluir o no, en una posterior maternidad o paternidad- surgen otros. Las dificultades pueden estar vinculadas al acceso a los métodos anticonceptivos o a las posibilidades que puede tener una adolescente para negociar su uso con los varones.

Las mujeres en general, hayan o no tenido hijos, por lo general tienen alguna información acerca de cómo evitar embarazos no deseados o el cuidado frente a las enfermedades, sin embargo hasta en aquellas que toman la iniciativa de cuidarse, delegan en el varón la responsabilidad de prevenir embarazos o enfermedades. Alguna de estas jóvenes, que tienen en la maternidad el eje de su subjetividad, no tienen la capacidad de negociar como hacer prevalecer sus derechos y como sostiene Pantelides: “probablemente seguirán el liderazgo de su pareja en la iniciación sexual, aceptarán coitos no protegidos y serán más pasibles de ser coercionadas”. (92, 1995)

“Y tá, pero si no los tiene él, más bien los tiene que tener él” (alude a los preservativos) (Jamila, bajo, sin hijo)

“Porque ahora ya está” el tema con (XX) era que supuestamente íbamos a usar coitus interruptus ese, pero él (el padre de su hijo) me mintió, tá fue eso el tema.” (Laura, medio, un hijo)

Los varones a su vez, subjetivados a través de representaciones sociales que los ubican como superiores y dominantes respecto a las mujeres, parecen tener mayor probabilidad de tener relaciones sexuales sin el cuidado necesario hacia los deseos y bienestar de su pareja y sus conductas tienden a que aumente la probabilidad de embarazo (Pantelides et al. 1995.)

*“Nada, porque no me cuidé. Fue un accidente. Se rompió (Augusto, bajo, un hijo)
“Me cuidé las primeras veces, después no... No se por qué, me dio no se qué... No, ella no insistió no. Una noche así... que pintó...” (Pedro bajo, un hijo)*

Muchas de las opiniones relevadas confirman los hallazgos de Infesta Domínguez (1997) que señala que la conducta anticonceptiva del adolescente varón depende bastante del tipo de vínculo que se establezca entre él y su pareja sexual. Los adolescentes de ambos estratos sociales, mencionan que efectivamente toman menos recaudos dependiendo del tipo de relación de pareja.

Las mujeres de sectores medios tienen mejores condiciones materiales y simbólicas lo que, en principio, les posibilita una mejor capacidad de negociación a la hora de relacionarse sexualmente. Sin embargo, si bien la maternidad por lo general no forma parte de su proyecto mediato, ello no quiere decir que estas adolescentes no pasen por situaciones de embarazos no deseados o por relaciones sexuales forzadas. Lo que sus discursos muestran es que cuentan con otros mecanismos que les posibilita enfrentar las desigualdades de género, el destino casi exclusivo como reproductoras, incluso la posibilidad de reflexión y evaluación de lo sucedido una vez que se presenta el embarazo o la maternidad. Estos mecanismos, aun sin ser concientes, les permiten un mayor grado de autonomía respecto a los deseos de sus compañeros ejerciendo el derecho a tener relaciones sexuales seguras.

“Yo tomo anticonceptivos y preservativos, las dos cosas. (...) No, preocupación mía. No, yo le decía, ”es esto y esto” y bueno. Mía, mía, mía, sí, toda, no le preocupaba, no le afectaba mucho.” (Ana, medio, sin hijo)

“Aparte es algo que creo que no tiene precio, porque te los regalan los condones, te regalan las pastillas, te las dan en la mano, ¿entendés?, te dicen ‘tomá, no quedes embarazada’. Yo no entiendo, estas son cosas que son ilógicas, que decís... ¿cómo puede ser que si vas a Salud Pública o vas a estos centros que hay por todas partes que te los dan, yo que se te atiende un ginecólogo, te dice mirá..., como puede ser que vos digas, no tenía plata, es algo que yo que es...” (Fany, medio sin hijo)

7. La maternidad en el proyecto de vida

El comienzo de la etapa reproductiva, más allá de los factores biológicos que determinan su inicio, se vincula con la condición social, económica, cultural, y con componentes subjetivos. La pertenencia a uno u otro sector social, interviene en las condiciones de oportunidad para el momento de iniciar el ciclo reproductivo. Sin embargo la maternidad continúa representando para la gran mayoría de las mujeres el eje fundamental en la construcción de la identidad femenina y que fundamenta la existencia de la vida como un diseño de la naturaleza tal como ha sido señalado anteriormente.

Para los adolescentes de sectores bajos, el “momento adecuado” es el que están viviendo, el aquí y ahora, ya que, subjetivados en condiciones de desprotección material, social y psíquica, organizan sus existencias de acuerdo a una “lógica del instante” propia de las estrategias de supervivencia, que se opone conceptualmente a una “lógica de anticipación”, (Fernández, 1993).

Tener un hijo no altera sustancialmente sus proyectos a futuro, en todo caso los enfrenta a la responsabilidad de hacerse cargo de la vida de otro y les obstaculiza la libertad para estar con sus pares y manejar el tiempo de ocio. En el caso de las mujeres, el horizonte que podrían tener por delante no difiere demasiado del actual, simplemente se acerca en el tiempo, ya que el proyecto de vida, centrado fundamentalmente en las tareas domésticas y las prácticas de crianza -reproduciendo el lugar social asignado al sexo femenino- está reforzado a su vez por su condición social.

La maternidad en estos sectores es parte fundamental de su proyecto de vida: en el hijo, o la conformación de una familia, se depositan las esperanzas de restitución de vacíos afectivos, a la vez que genera la ilusión de que su sola existencia traerá cambios positivos a sus vidas, ya sea mejorando las relaciones familiares o insertándolas en el mundo del trabajo. Esto no implica que no vivan la maternidad o la paternidad, a esta altura de sus vidas, con contradicciones de las que no tienen conciencia ni se les presenta como un problema.

“... es hermoso es lindo porque yo que sé, sentís otras cosas como que no te sentís tan sola, ya tenés una compañía, o sea es un bebé, pero es tu hijo, es tu compañía y digo, ya no te sentís tan sola, tan amargada, tan cerrada. Porque por lo menos lo hablas, así ellos no entiendan vos los hablas cambia porque tenés una sonrisa durante el día, es todo mucho más lindo, más... más...” (Sonia, bajo, con hijo)

“No, no, yo dije ”vamos a tenerlo” sí, porque es lo único que nunca en mi vida he tenido, familia así, cosas así.” (Pedro, bajo, con hijo)

“(...) Por lo menos tengo algo que es mío. Yo no tenía nada, porque hasta tengo mi madre, pero... no... No me siento, no me sentía bien, y ahora que me puse a pensar, y ahora al nacer mi hijo, arregla un poco las cosas en mi casa. (Rita, bajo, embarazada)

Las opiniones revelan que aún en condiciones sociales desfavorables, la maternidad y la paternidad adquieren muchas veces un sentido positivo, lo que permite a los adolescentes un mayor reconocimiento en su medio y una afirmación de su identidad. Al respecto Claudio Stern señala: *“En un ambiente de inseguridad laboral, de inestabilidad y violencia familiar, de abuso sexual, de deserción escolar temprana y de gran escasez material y de opciones de vida, la búsqueda de un compañero y la salida de la casa materna se constituyen en una de las pocas soluciones a los problemas familiares. El significado del embarazo adolescente en este medio puede expresarse como la solución a problemas familiares en un contexto de falta de opciones” (1995:12)*

La maternidad les proporciona en su medio un reconocimiento social, es la manera de encontrar un “lugar en el mundo”. El proyecto de vida pasa por ser madre y cuanto antes alcance esta condición en su ciclo de vida, más pronto se sentirá ubicada en su realidad social y con un valor agregado que da sentido a la vida. La maternidad es la capacidad de proyectarse hacia el futuro, la expectativa de mejorar sus condiciones de vida y por lo tanto una opción de vida. (Stern 2000)

“Lo era sí pero... ta... para mí, por lo menos tengo algo que es mío. Yo no tenía nada, porque hasta tengo mi madre, pero... no... no me siento, no me sentía bien, y ahora que me puse a pensar, y ahora al nacer mi hijo, arregla un poco las cosas en mi casa” (Rita, bajo, embarazada)

“Cambió, que ya tengo personas que me prestan atención, eh... De la manera que si necesito hablar, hablan conmigo, o sea mi madre lo hacía pero... éramos diez, ella no iba a estar siempre todo para mí, sólo para prestarme atención a mí y escucharme a mí” (Sonia, bajo, con hijo)

Los varones refuerzan con su discurso el estatus que las mujeres alcanzan con la maternidad:

“Es todo como te digo... ejemplo como... una mujer que no es madre hace una vida de relajo nomás porque las gurisas, todas las gurisas ahora hacen una vida de relajo, sí, digo, tá, en la calle, jodiendo,... una que ya es madre ya es diferente,... la verdad que es lindo. Pienso yo que para la madre debe de ser algo hermoso así, tener un hijo, estar con él, es como un muñeco ahí, es algo hermoso, yo qué sé, le cambia por el tema que no sale, no jode ¿viste? todo eso, los 9 meses de embarazo, ahí, estar con la panza...” (Gerardo, bajo, sin hijo).

El desarrollo personal más allá de la maternidad no está presente entre estas jóvenes, por lo general han abandonado los estudios y la inserción en el mercado laboral sería sólo un medio para obtener más recursos económicos, pero su ambición es dedicarse a la familia.

“¿Qué me gustaría hacer a mí? No sé... Me gustaría hacer algo que me de para mis... que me de bien para mis hijos, que hay trabajos que no te dan y otros que sí. Y si tu marido por ejemplo ganara bastante como para mantener a la familia ¿vos trabajarías igual? No. Me quedaría todo el tiempo con mis hijos, me dedicaría a mi casa, y tá. (Susana, bajo con hijo, embarazada)

Esta opinión da cuenta de que a pesar de los cambios entre los géneros y la inserción de la mujer en el espacio público, se mantiene la convicción subjetiva de que el espacio doméstico es el ámbito natural de la mujer. Trabajar es entonces, una ayuda a la economía familiar impuesta por la realidad económica en la cual viven. Para estos sectores la crianza y el ser ama de casa sigue constituyendo una condición que les aporta una representación de sí mismas valiosa y una no despreciable cuota de poder en la gestión de los afectos.

Los conflictos entre la continuidad de los estudios, o la aspiración a realizarlos, o los requerimientos del mundo del trabajo y aquellos vinculados a las tareas de crianza, no están presentes entre estas jóvenes como sí suele aparecer en las clases medias. Pero comparten con éstas el conflicto, la ambivalencia entre los intereses adolescentes y el deber de ser madre. Ellas manifiestan lo perdido “divertirse, ir a los bailes, andar por ahí”, como demandas ligadas a su felicidad y los hijos aparecen como obstáculos para la realización de estos deseos. La maternidad toma el relevo de los intereses comunes para su edad y cambia la existencia de la adolescente, pero este cambio se expresa, por lo menos manifiestamente, sin rebeldía o contrariedad.

“Antes salía a los bailes, estaba con mis amigas, hacia todo eso, pero ahora ya no, se me cortaron todo” “...Cuando tenés un hijo se te cambia todo, te cambia la vida, ya no es más los bailes, no es nada, es todo para él y ahora que estoy de vuelta embarazada, menos todavía” (Susana, bajo con hijo, embarazada)

“Como... o sea para mí no era importante ir a un baile, pero por ejemplo a mí me encantaba salir a la rambla a tomar mate, caminar por 8 de Octubre por el Centro cosas, amigas no, porque ya te dije no tengo y bueno ahora para mi hijo no más, para mi hijo y para mi esposo, nada más.” (Sonia, bajo, con hijo)

Estas actividades que se vinculan a los intereses y deseos de las adolescentes se opacan frente al hecho de la maternidad y adquiere mayor importancia que el deseo por una satisfacción personal. De esta manera, el hijo debe necesariamente constituirse en un objeto preciado, que les otorga valor, al mismo tiempo que permite que la representación subjetiva coincida con la representación social hegemónica acerca de lo que se espera de una mujer.

“No es que no me haya hecho un problema, digo, traté de mirar para adelante y decir bueno, quedé embarazada, yo lo quise yo lo amo, yo lo hice con amor a esto y no me molestó para nada tener que dejar lo que estaba haciendo para criar a mi hijo y para salir adelante” (Sonia)

El análisis anterior permite poner de manifiesto alguno de los significados y efectos de la maternidad para las adolescentes de sectores sociales más carenciados. A lo largo de los discursos de las mujeres, reforzados en algunos casos por los de los varones, se encuentra que la maternidad es el eje central de sus vidas, le proporciona “sentido” a la misma y es a través de ella que se proyectan hacia el futuro y se “sienten mujeres”. Ser madre en esta etapa del ciclo de vida opera sobre ella con un doble efecto: por un lado les proporciona un reconocimiento social, las posiciona mejor frente a su entorno social y por otro las segrega de las actividades propias de su etapa adolescente y las discrimina de la sociedad en su conjunto. El hijo las desplaza de los ámbitos de socialización, limita aún más sus posibilidades de desarrollo personal, formación e inserción en el mercado laboral. Aunque no se pone explícitamente de manifiesto, la maternidad refuerza su condición social, en algunos casos sumergiéndolas en una mayor situación de pobreza. De alguna manera, la pobreza favorece el inicio de la trayectoria reproductiva a edades

muy tempranas y a su vez en este proceso de reproducción biológica y social, se reproducen las condiciones de pobreza.

En las adolescentes de sectores medios la maternidad no es el proyecto fundamental de su vida, se percibe como algo “que va a llegar”, más lejano en el tiempo, y se hace más énfasis en la necesidad de estudiar que en tener un hijo como prolongación de ellas mismas. Quienes no han tenido hijos, rechazan la idea de la maternidad o la paternidad en sus vidas actuales, posponiéndola para un futuro. Si bien mencionan que para poder criar a un hijo deberían tener ciertas condiciones materiales resueltas (trabajo, dinero, etc.) y que la ausencia de estas condiciones se constituye en un problema, es más fuerte la vivencia de no sentirse maduros como para hacerse cargo de otro. La maternidad, o la paternidad, significa un corte dramático en este momento vital en que están abandonando el mundo infantil y se van acercando progresivamente al mundo adulto. Como sostiene Le Breton (2002) *“La juventud en Occidente es el tiempo del margen, un período de tanteo propicio para la experimentación de los roles, para la exploración del mundo circundante, es una búsqueda íntima de sentido y de valores”*. (2002: 26). En ese “tiempo del margen” la maternidad o la paternidad significan un corte dramático en sus existencias, por la sobre exigencia afectiva y emocional a las que se verían expuestos.

Pudiendo elegir, ¿elegirías tener un hijo siendo adolescente?

“No... porque creo que hay etapas para todo, o sea así como está la etapa del niño donde aprende cosas, aprende a agarrar juguetes y a jugar, a hablar, está la etapa del adolescente cuando se empieza a conocer uno mismo, su cuerpo, su mente y el cuerpo, sabemos que no está preparado para o no tiene la mente para asumir esa responsabilidad, para enseñarle a un hijo lo que a vos todavía te falta mucho. (Valentina, medio, sin hijo)

“Ahora no, porque ahora tengo otras metas, quiero primero terminar mi carrera, y bueno, después ver. Tampoco ser mamá en una situación como esta, ¿no?... Yo quiero terminar. Las cosas gradual, primero lo primero, después...” (Ana, medio, sin hijo)

En los varones de estrato medio, el “cuando” está más determinado por la percepción de la responsabilidad económica que supondría tener un hijo que por la sobrecarga emocional que implica. Se desliza, de esta manera, la representación del hombre como proveedor y sostén económico de la familia, de acuerdo al mandato de género. De todas maneras, es posible encontrar respuestas que indican que, también para ellos, ser padres los enfrenta a algo desconocido que produce temor, que se significa de alguna forma como una pérdida de sus actuales condiciones de vida.

“Porque yo ahora estaría pensando en trabajar y mantener a mi hijo. Y yo ahora estoy pensando en terminar de estudiar y... y vivir yo mi vida y después formar una familia, después que viva mi juventud y eso. Ahora yo como que me complicaría con un hijo” (Milton, medio, sin hijo)

Mirá, la verdad se me cortarían muchas cosas, muchos proyectos que tengo, cosas que quiero hacer, me parece que se me cortaría... se me cortaría la adolescencia en parte, yo qué sé... es algo que no quiero... (Norberto, medio, sin hijo)

La tendencia a posponer la maternidad para otras etapas en el ciclo de vida en los adolescentes de estratos medios, no quiere decir que esta no tenga una significación relevante, en la construcción de la subjetividad femenina. Las mujeres se valorizan socialmente a través de la maternidad, aún cuando también se preparen para actividades profesionales, productivas. La maternidad bascula por un lado entre el deseo de realizar un proyecto personal y el deseo de

tener un hijo, como la difícil articulación entre el egoísmo - utilizado aquí no en un sentido peyorativo, sino en la línea planteada por Freud, del interés del yo por sí mismo- y las renunciaciones y postergaciones inevitables que implican el cuidado de otro.

“Si la otra mujer es, se debe sentir más sola porque pensar que no vas a tener hijos y decidirlo, de repente por equis razón, de repente por una carrera supueste, tendrás, lograste lo que querías, yo que sé, tener un hijo para mí es importante también yo creo que es, el día de mañana cuando seas grande ¿que te queda si no tenés hijos?, no te queda nada, no te sirve de nada toda la historia de tu vida si no lo hiciste por alguien, yo que sé, creo que es un logro, poder criarlos bien y...” (Fany, medio, sin hijo).

Las adolescentes madres, perciben que esta condición las aparta de las actividades específicas de la adolescencia, propias de su grupo de pares, generándoles una exclusión que no está referida a sus posibilidades económicas futuras, sino que lo que ven dificultada, es la continuidad de su vida social anterior.

“Y cambió todo, todo, porque como yo te decía, a mí me gustaba salir con mis amigas, no sé, estar todo el día en el Prado, lugares así, que ahora no se puede” (Diana, medio, con hijo).

Es en este punto –el cuándo tener hijos- es que las opiniones de quienes ya son madres o padres, se diferencian bastante de aquellos que no lo son, fundamentalmente en los jóvenes de estrato medio. Para muchos, la existencia, ya no imaginada sino real y tangible del hijo, los lleva a reprimir la tensión entre sus propios intereses y la obligación de atender las necesidades y demandas del hijo, que se expresa manifiestamente en las contradicciones en el discurso, o entre lo que dicen acerca de cómo se sienten y cómo lo dicen (el “tono” emocional).

Los significados y el momento oportuno de ser madre o padre cambian por el entorno de socialización y las condiciones socioeconómicas en las que los adolescentes están inmersos. Para las adolescentes de estratos bajos, la maternidad genera sentimientos ambiguos, es una forma de pertenecer y no pertenecer. Por un lado un sentimiento de inclusión, de sentirse valorizadas por el otro, implica importantes restricciones en las formas de vida que llevaban y en la proyección hacia el futuro. Pero además, como dice Feijoo (1992) : “ Si la maternidad es la salida posible de una situación de opresión familiar –aunque sea el camino hacia una nueva opresión- es también el obstáculo para “ pasarlo bien” al que aspiran como jóvenes y adolescentes –más que como personas maduras para hacerse cargo de una decisión reproductiva” (1993, 212)

Como se señaló anteriormente, la maternidad en esta etapa del ciclo de vida limita a las adolescentes desde la perspectiva macrosocial, profundiza la exclusión social, reproduciendo y cristalizando la condición de pobreza. Las condiciones precarias de vida y un contexto familiar conflictivo restringe seriamente la proyección de la vida futura de la adolescente, lo que unido a la persistencia de estereotipos de género, que asocia la mujer a la maternidad, conducen a la adolescente a una unión sexual temprana, desprotegida, y a la búsqueda conciente o no conciente de la maternidad como realización personal. Ello les confiere un cierto estatus social entre sus pares y su entorno familiar.

En los estratos medios, los proyectos de vida son diversos, y la preocupación prioritaria de las jóvenes, son el estudio y la inserción en el mercado laboral. La maternidad es parte fundamental de su realización personal, pero ubicada en un tiempo más lejano. La irrupción de la maternidad

en esta etapa de la vida, se percibe como una forma de excluirse de su ámbito social, ya que no es el comportamiento esperado entre sus pares, ni entre el mundo adulto que las rodea.

Conclusiones

Este trabajo pone en evidencia algunas de las circunstancias y procesos que promueven el embarazo y la maternidad en la etapa adolescente en el medio urbano de Montevideo. Ellos se vinculan con las modalidades de los vínculos sexuales, las prácticas de autocuidado, el acceso a la información sobre métodos anticonceptivos, a la apropiación de esta información y a la significación subjetiva que tiene la maternidad en sus proyectos de vida. Estos procesos están interrelacionados con las condiciones socioeconómicas y culturales a las que están sujetos estos adolescentes, así como a las representaciones hegemónicas de género persistentes en la sociedad.

Los discursos de las mujeres en torno a los significados y representaciones de la maternidad, muestran que la misma constituye un elemento fundamental en la construcción de la identidad femenina y revelan que a pesar de los cambios sociales y culturales de las últimas décadas, persiste el modelo tradicional que identifica -como un designio de la naturaleza- a la mujer con la maternidad. Ello es más expreso en los sectores sociales bajos que en los medios y opera como fundamento en el momento de la toma de decisiones respecto a la aceptación o el rechazo del embarazo.

Los discursos de los varones sustentan las valoraciones que identifican a la mujer con la maternidad y la determinación del papel central de éstas respecto a los hijos, dejando a los varones por fuera del ejercicio de la paternidad. El imaginario social en torno a la maternidad refuerza la imagen de la poca capacidad del varón para el desempeño de la paternidad. La capacidad gestante de las mujeres aparece como fenómeno fundamental en la construcción del vínculo madre e hijo.

La asimetría de poder entre mujeres y varones y la permanencia de los modelos tradicionales de masculinidad y femineidad, deja escaso margen a muchas adolescentes para que, en el marco de sus relaciones afectivo sexuales, independicen su vida sexual de la reproducción. Esta situación tiene vigencia y significación para las adolescentes de sectores sociales bajos y medios, lo que permite desmitificar el embarazo en la adolescencia como un evento exclusivo de la pobreza e interpretarla fundamentalmente a partir de las desigualdades sociales, las asimetrías de poder entre mujeres y varones y la permanencia de los modelos hegemónicos de masculinidad y femineidad. Se ha encontrado un cierto matiz en los estratos medios donde las mujeres aparecen con un grado un tanto mayor de autonomía respecto al uso de anticonceptivos como forma de independizar la sexualidad de la reproducción.

Las modalidades que adquieren los vínculos afectivo-sexuales y la baja vinculación de estos con la posibilidad de embarazo revelan que el mismo aparece -tanto para mujeres y varones de ambos sectores sociales- de forma imprevista. Hay una cierta postura pasiva frente al embarazo como algo inevitable: "es algo que pasa". Los adolescentes manifiestan que conocen los métodos anticonceptivos, sin embargo ello no es suficiente como estrategia para revertir la prevalencia de los embarazos y promover cambios en sus conductas sexuales y reproductivas. Esto muestra un proceso frágil de apropiación de la información y del ejercicio de los derechos sexuales y reproductivos.

La maternidad para las adolescentes de estratos bajos es el eje central de sus vidas. Es a través de ella que se sienten mujeres y alcanzan un reconocimiento social entre sus pares y su entorno familiar y social. El embarazo y la maternidad constituyen un evento positivo y es a través de

ella que construyen su proyecto de vida. La crianza de los hijos y el ser ama de casa es una condición que les aporta una representación valiosa de sí mismas.

La pérdida de las actividades propias del ser adolescente se acepta sin rebeldía. La maternidad adquiere mayor importancia que la satisfacción personal suministrada por otras actividades: el hijo se constituye en un objeto preciado que les otorga valor, las incluye socialmente en su medio, más allá que provoca en términos macro sociales una mayor exclusión.

Para las adolescentes de estratos medios, si bien la maternidad forma parte de su proyecto de vida, no es el eje central en esta etapa de sus vidas y se visualiza como un evento que debe llegar luego de cumplir ciertas faces como estudiar y trabajar. El embarazo y la maternidad en este momento del ciclo de vida, se visualiza como un fenómeno negativo más allá que cuando llega termina siendo aceptado (aunque no deseado). Un hijo les provoca una cierta exclusión social de su medio y de las actividades propias del ser adolescente. La tendencia a posponer la maternidad para más adelante, no contradice la significación relevante que ésta tiene en la construcción de la subjetividad femenina. Las mujeres se valorizan socialmente a través de la maternidad, aún cuando también se preparan para cumplir con otros roles.

La maternidad en las adolescentes de estratos bajos está legitimada y puesta en cuestión para los estratos sociales medios. Estas últimas si bien aceptan el embarazo en el caso que llegue de forma imprevista, manifiestan que son conscientes del cambio que les provocaría su nueva condición en su desarrollo personal y, por lo tanto, el hijo se significa en este sentido, como una “pérdida”. Para los sectores bajos, la maternidad es vivida como una “ganancia”, debido a que obtienen mayor reconocimiento de su entorno, ya que en el hijo o en la conformación de una familia, se depositan las esperanzas de restitución de vacíos afectivos.

Bibliografía

- Amorín, D, Carril, E y Varela, C. (2006). “Significados de maternidad y paternidad en adolescentes de estratos bajos y medios de Montevideo”. En López, A. (Coord.) *Reproducción biológica y social de la población uruguaya*. Tomo I. Montevideo, Trilce
- Badinter, E. (1980). *L'amour en plus*. Paris, Flammarion. (Hay versión en castellano: *¿Existe el instinto maternal?* (1981, 1992) Barcelona, Paidós.)
- BID/CEPAL/CELADE (1996).”La transición demográfica en América Latina.”. Actualizado con datos Boletín Demográfico N° 62. Sebastián de Chile. Ed. CELADE, 1998.
- Carril, E. (2000) “Femenino-Masculino. La pérdida de ideales y el duelo”. En: *Los duelos y sus destinos*. Montevideo APU
- Checa, S. y Rosenberg, M. (1996) *Aborto hospitalizado. Un problema de salud pública. Una cuestión de derechos reproductivos*. Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto
- Duschatzky S. y Corea C. (2002). *Chicos en banda*. Buenos Aires, Paidós.
- Feijoo, M. del C. (1992) “La vida cotidiana de las mujeres madres en el marco de la crisis”. En: Fernández, A.M. (Comp.) *Las mujeres en la imaginación colectiva*. Buenos Aires, Paidós.
- Fernández, A.M. (1993) *La mujer de la ilusión*. Buenos Aires, Paidós.
- Geldstein, R. Pantelides, (2001) “Riesgo Reproductivo en la adolescencia. Desigualdad social y asimetría de género”. Argentina. UNICEF
- Giberti, E. (1992) “Parto sin temor: el poder que perdemos”. En: Fernández, A.M. (Comp.) *Las mujeres en la imaginación colectiva*. .
- INE, (2006). <http://www.ine.gub.uy>
- O.M.S / O.P.S. (1990). “Adolescencia”. Brasil, Bibliografía N° 3. Marzo/1990.
- Le Breton, D. (2003). “Introducción.”. En: Le Breton, D. (Comp) *Adolescencia bajo riesgo*. Montevideo. Trilce.
- Infesta Domínguez, G. (1997). “La otra punta del ovillo: la salud reproductiva desde la perspectiva del varón adolescente”. Trabajo presentado a la XV Reunión de la Asociación Latinoamericana de Investigadores en Reproducción Humana (ALIRH), Cuzco, 27 al 30 de abril de 1997.
- Money, J. (1982). *Desarrollo de la sexualidad humana*. Madrid. Morata
- Pantelides, E. Geldstein, R.; Infesta Domínguez, G. (1995) *Imágenes de género y conducta reproductiva en la adolescencia*. Buenos Aires. Cuaderno del CENEP n° 51.
- Pantelides, E. (2004) “Aspectos sociales del embarazo y la fecundidad adolescente en América Latina”. En: *La Fecundidad en América Latina: ¿Transición o Revolución?* CEPAL, Serie de documentos y conferencias, N° 36.
- PNUD (2005). “Desarrollo Humano en Uruguay 2005. Uruguay hacia una estrategia de desarrollo basada en el conocimiento”, Uruguay, UNDP.
- Stern, C. (1995) “La protección de la salud reproductiva de nuestros jóvenes requiere de políticas innovadoras y Decididas, Carta sobre Población, 1, N° 3 México
- (2004). “Vulnerabilidad social y embarazo adolescente en México”. En: *Papeles de Población*, N° 39. México, D.F. El Colegio de México.
- Stern, C.; Medina G. (2000). “Adolescencia y salud en Mexico”, en : Oliveira, M.C. (org.); *Cultura Adolescencia Saúde*. Campinas, Ed. Consorcio Latino-Americano de Programas em Saúde Reprodutiva e Sexualidade. Nucleo de Estudos de População – NEPO.
- Stoller, R. (1975). *Sex and Gender*. Jason Aronson, Nueva York.
- Tubert, S. (1996) “Introducción” En: Tubert, S. (ed.) *Figuras de la madre*. Barcelona. Ediciones Cátedra.
- Varela Petito, C. (2004) “Programas y políticas nacionales que afectan la fecundidad: el reemplazo de la población en el Uruguay, un fenómeno ausente en la agenda estatal”. En: *La fecundidad en América Latina: ¿transición o revolución?* Serie: Seminarios y Conferencias /CEPAL, Santiago de Chile, setiembre 2004